

sulas de sonoros clarines, y trompetas, y severo Asá, vuelve á amenazar con la muerte al que faltare á la Religión. Así era menester tratar los olvidos del Hebreo. Para que temiesen á Dios, se hizo mas que Dios temido Asá; y estos temores, ó religiosos, ó serviles, los admite Dios, como interesado en que no le dexen. Temer mas la pena que el horror del delito, y mas que á Dios al Rey, es costumbre de nuestra protervia, y casi es un político Gentilismo: temer solo á Dios, lo comprendiera mejor todo.

Perfecto era el corazón de Asá ácia Dios, dice el texto (a); y Asá no era hombre bueno, pero sumamente zelante de la Religión. Esta es toda su virtud, y perfección, y aun le falta para ser bueno tanto, que en línea de hombre fue malo, y aun en la de Rey, porque fue tirano, soberbio é injusto, enemigo de la verdad, y atropellado: ved estas desigualdades: gran dolor que ande tan escasa la virtud, que aun donde se celebra una perfección, se encuentran mil vicios! Por eso lle-

gó San Agustín hyperbolicamente á discurrir, quando vió estas repugnancias, que tenia el hombre dos voluntades, porque celebra la Escritura perfecto el corazón de Asá, donde se fraguaban tantos vicios. Dos corazones parecen, ó uno monstruoso y repugnante. Con los vicios confundimos las virtudes, para que estas no lo sean, y en ellas nos lisongea mas nuestra confianza, que en aquellos avisa el temor: vestimos de tantos defectos algo que nos quedó de bueno, que se desconoce: Dios lo separa, pero con la rectitud, y la balanza de Juez: fiar de alguna virtud, para no tener horror al vicio, es amarra de vidrio.

Aquí nos propone nuevas dudas el texto del Paralipomenon, porque dice: «Que á los treinta y seis años del reinado de Asá se movió contra Judá, edificando en Ramá una Plaza, Basaa, Rey de Israel»: el qual ya habia muerto desde el año veinte y cinco de Asá, y al de treinta y seis reynaba en Israel Amri. Así lo expresa el tercer libro de la Escritura de los Reyes al ca-

pi-

pitulo diez y seis. Cayetano, Lucidio, Adricomio y Melchor Cano dicen que fue equivocación del Escritor, y en vez de diez y seis ó veinte y seis, puso treinta y seis, y que esto se puede creer, porque no contraviene á la fe, pero todas las Biblias Hebreas, Griegas, Chaldeas y Latinas, dice Cornelio, que uniformes ponen treinta y seis. Lyra, Vatablo, y Genebrardo responden, que los años de Asá se pueden contar de dos maneras, desde su elevación al Trono, ó desde la victoria de Maresa; y dicen, que los veinte y seis de Asá son de ese triunfo, que es quando murió Baasa, y son los treinta y seis de su reinado. Así componen ambos textos; pero eso seria turbar toda la Chronología de la Escritura, y se numerarian despues los años de Zambri, Amri, y Achab, que reynaron viviendo Asá, desde la victoria Ethiopica, lo qual padece muchos absurdos. Otros dicen, que estos treinta y seis años son los de la vida de Asá, no del reinado; pero es contra la letra del texto que claramente dice, del Reyno. El Abulense se rinde á la dificultad, y confiesa que ig-

nora la solución. Tornielo, Saliano y Azor, á quien sigue Cornelio, dicen que los treinta y seis años son del Reyno de Judá, desde Roboam, que reynó diez y siete años, tres Abias, y al diez y seis de Asá, son los treinta y seis de la letra del Paralipomenon.

Para tener en freno el orgullo y la soberbia de Judá, engreidas las dos Tribus con la victoria contra Zara, quiere edificar Baasa, Rey de Israel, una fortificación en Ramá; pasan sus Tropas á sostener el empeño, atrincheranse, y echa los cimientos á la designada Plaza, conduciendo preciosísimos materiales. Teme Asá, quando le debian los pasados tropheos dar alientos. No se ha leído desigualdad mas perniciosa que la del corazón de este Principe: no teme un millon de Ethiofes, y teme al Exercito de Israel otras veces vencido. Mas veteranos tienen ahora las Tropas de Judá, mas experiencia el Rey, mas riquezas Sion, y el valor es menos, siendo toda la causa del desmayo, ver edificar una Plaza. No tenia Asá mas caudal en su corazón: dexóle Dios en sus naturales alientos, y acobardase: prueba fue, por ver si acudia á Dios,

Dios, que es la fuente del valor, y de quanto hace injusta vanidad, como virtud propia, el hombre. Solo consigo mismo, y sin auxilio especial discurrirá Asá, y lo yerra. Obraba por acasos y accidentes la naturaleza: esto debia quitarnos la soberbia. En línea de causas naturales, todos nuestros aciertos son accidentes, nuestro entender es ilacion, y falacia, porque á veces nos forjamos las premisas. Tanto coopera la materia en lo formal del discurso, que la physica commocion de los humores fomenta las especies á la mente, y segun ellas discurrir y obra: esta es toda nuestra sabiduria. Un predominio de bilis nos precipita, uno de melancolia nos apaga; y ligada el alma en los fragiles obstrusos organos de la materia, todo es inestabilidad quanto piensa, todo dudas: obedece á una aprehension, y tal vez necesita al discurso el momentaneo estado de la humanidad.

Tan fuera de sí mismo está Asá, que ni á buscar á Dios acierta, y implora contra Israel el socorro de Benadab, Rey de Syria (a).

(a) Paralip. c. 16. v. 2.

No se puede dar igual delirio: sus temores, enseñados al socorro y al portento, no se van á Dios, y buscan un hombre: ya perdió Asá toda su fe: por eso fue delito esta humana providencia, no porque se buscasse, sino porque toda la felicidad del éxito la esperaba Asá solo de Benadab. Pecó el Rey en la confederacion con un Gentil: siempre son peligrosas, y escandalizan.

Vieneses á la pluma una question moral, no tan bien entendida, como politicamente practicada. Introducir en un Pueblo armas auxiliares de Sectarios, que puedan corromper la pureza de la Religion, es violenta razon de estado. Muy lisonjera he visto en esto á la Theologia de muchos en nuestros tiempos: dos generos de confederacion distinguen, ó admitiendo entre las suyas Tropas auxiliares el Principe Catholico, ó sin union de Sectarios, unir los intereses con el Herege, para que haga separadamente la guerra. Esto ultimo permiten los moderadamente escrupulosos, porque no se pueden contaminar del error sus vasallos.

(a) Paralip. c. 16. v. 2.

llos, algunos mas atentos á la razon de estado, lo aprueban todo, excusando el peligro con la necesidad: esta fuera mas disculpable, si no hubiera fomento de la ambicion. Muchos ponen otra diferencia, y afirman que se puede llamar á su socorro hasta al infiel, pero no socorrerle. No es de mi asunto la decision, porque fuera una rigurosa critica contra el siglo, donde se ven Principes Catholicos promover por intereses propios los enemigos de la Iglesia, siendo la mente y la plegaria de esta el extirparlos.

Llamando Asá á Benadab, le hace prevalecer contra el Israelita, que aunque en la mayor parte Idólatra, este recordaba alguna vez, y volvía á Dios, el Gentil nunca, antes sus glorias dilataban al error, pues siempre introduce el suyo la Nacion que domina. Mas poderoso y sacrilego, y mas servil esta Asá, porque despoja de sus adornos y preseas el Templo, para presentarlas al Rey de Syria, que vilmente cohechado, ó envanecido del ruego, rompe la confederacion con el Rey de Israel, y fue la declara-

cion de la guerra la hostilidad. Entran los Syrios con poderoso Exercito, talando las feroces campañas de Nephtali, saquean las Ciudades de Ahion, Dán, y Abelmain (a); no parece un soldado de Asá en esta empresa, y mendigando la proteccion de un Gentil, toda su seguridad libra en aquellas barbaras huestes.

Retirase el Rey de Israel de la empresa, llamado de los estragos del Exercito de Benadab, que triunfa de ambos Reyes, del de Israel venciendo, del de Judá despreciando sus remisos alientos, gloriandose de su seguridad (b).

Ya desamparada de las Tropas de Israel Ramá, logra Asá en furtivo saqueo aprovechar los prevenidos materiales, y de ellos edificó los muros de Gabaa y Maspha. Viles son los logros sin peligro, aunque sean mas acomodados: mas perdió Asá en quanto desprecia, mucho mas en quanto ofende al verdadero Numen, á quien debe las pasadas victorias. Asi olvidamos ingratos los hombres los beneficios. Cree Asá que solo el Dios de Jacob es el verdadero; vióle pro-

(a) Paralip. cap. 16. v. 14. (b) Ibidem v. 6.

propicio á su ruego, y que era solo el que podía dar los triunfos, y ahora le pospone á Benadab, porque no se lee, que aun usando de ese medio humano, haya implorado la proteccion divina. Enviale Dios irritado al Propheta Hanani (a), para que le arguyera de impio, olvidadizo é incredulo. Asi habla el Propheta: "Porque fiaste en Benadab, y no en Dios, sete escapó el Exercito de la Syria de las manos, porque Dios, si te hubieses conservado en tu fe, te prevenia una victoria contra él. No era mas para temido el Ethiope, armado de Libicas legiones, y te los rindió á tus plantas? Ignoras que lo mira Dios todo, y que solo su inspirado aliento esfortaleza? A tu propia experiencia resististe necio, y te suscitará Dios gravisimas guerras, en justo castigo de tu locura."

Gran reprehension la de Hanani! Tres pecados dicen los Expositores que hizo aqui Asá, quitar las riquezas del Templo, confederarse con un Gentil, y desconfiar de Dios. El primero fue robo y sacrilegio: el segundo desprecio de su Religion, y

(a) Paralip. c. 17. v. 7. (b) Ibidem v. 16. v. 10.

de sí mismo: el tercero falta de fé, con tan diametral oposicion, que pasó al otro extremo de confiar en un hombre. Solo de esto ultimo se queja el Propheta, porque parece que hirió á la Divinidad directamente. Delicadísimo es y necesario, haber de fiar en Dios, porque no se roce con la barbaridad de tentarle. En nuestro corazon, no en nuestra diligencia, quiere Dios introducir su confianza. Los confiados ocios son delirio; las soberbias diligencias desvario; hemos de hacerlo todo, y hemos de imaginar que nada hicimos, porque Dios nos quiere instrumentos, aun no habiendonos fiado providencias. Mas pecó aqui Asá que pecára otro menos favorecido. Esto tienen los favores que de Dios recibimos, que olvidados, dan mas intrinseca malicia á la culpa.

Indignado el Rey de la libertad del Propheta, ordena prenderle. Asi enfadan las verdades á los poderosos. El texto expresa mucho la ira de Asá contra Hanani (b): mandóle azotar ignominiosamente, pero no en público: la letra es obscura, porque no declara en qué forma: yo creo

creo que fue dentro de las propias carceles, pues quando no precedia sentencia, desahogaba el furor con la celeridad del castigo, sin buscar el escarmiento. Asi prorumpió en tirania el enojo del Rey, ó el dolor que padece la soberbia, viendose redarguida de sus errores. La lisonja de nuestro error es irremediable, porque se cegaron las veredas de la luz del discernir. Si amar nuestro acierto es peligro, cuál será amar nuestro error? Ya desenfrenada la ira del Rey, se precipita la tirania á verter sangre inocente: murieron entonces muchos varones principales á los filos de su rigor. El texto calla quienes fueron, y la causa, pero del contexto de la letra se colige que murieron quantos demasiadamente ingenuos sintieron mal de la prision y castigo del Propheta. Publicar los defectos del Principe es culpa; pero en esté será siempre tirania querer sepultar la queja. Gemir en la opresion es natural; ofenderse del gemido, pasa á ser inhumanidad. Aquellas públicas injusticias que han de provocar la ira de Dios, son interés del Pueblo, por eso le es permiti-

da la queja. Temió Judá la prision del Propheta, y el Rey inconsequente, despues de haber hecho al Pueblo religioso, le extraña con los ministros de Dios compasivo. A la inocencia persigue Asá, para autorizar su culpa, que sin duda la atribuye al Propheta, pues le castiga. No le podia ofender la licencia de arguirle, porque en la fe de Asá era natural creer que Dios hablaba por el Propheta, y que el espiritu que ilumina al vaticinio, no se puede resistir muchas veces sin proferirle, aun sin determinada voluntad, como exceso de la mente, ó embriaguez del animo arrebatado; pero la amargura de la verdad saca de sus limites á la razon, ó la anubla.

Ya empieza el Rey á sentir efectos de su delito: quiebrasele enteramente la salud, y los grillos del Propheta pasaron invisibles á Asá, porque adoleció de un intensísimo dolor á los pies, con gota, ó humor tan cruel, que le reduxo á paralitico (a). Transcendia el accidente ó fluxion hasta la cabeza, porque donde la Vulgata dice, *dolor vehementísimo*, el Pagnino lee, *basta el vertice*.

To-

(a) Paralip. c. 16. v. 12.

Todo Asá enfermó sin duda, pues adolece desde la cabeza á los pies, poseido de una enfermedad, que llamaba con alguna disculpa á la impaciencia. Esta es natural, si no la resiste la razón; y como la de Asá estaba ciega, obraba herida la naturaleza, prorumpiendo la sensibilidad en los precisos excesos que fomenta el amor propio, y la misma débil delicada compasión del hombre, sin que entendiéndose que le ofrecía Dios otra vez ocasión de ser felice. Es la enfermedad un crisol, purifícase en ella la sordidez del afecto, y queda el sufrimiento, alentado de la gracia, superior á las heridas de lo sensible. Aprovechados del impedimento de Asá sus enemigos, invaden su Imperio, entran hostilmente á asolarle Egipcios, Syros y Israelitas, y ligado el Rey al doloroso lecho, reduce su inquietud á la fatal esfera de él. Lucha la viveza del espíritu con la fatigada humanidad. Hecho Asá misero estorbo de sí mismo, quisiera desprenderse de la materia, y no puede, porque es mas poderosa, con la fatiga, la vasta y ruda mole del barro. Estos son los que son mas. Para estas mortales con-

gojas se le dió la enfermedad. Parecería accidente, y era castigo: todo atribuimos á la naturaleza; y á esta la manda una providencia, que la dexa obrar como sabia, porque le dió un orden eterno para cada instante de sus operaciones. Desordenamos la naturaleza, y ella obedece, ordenada en el desorden, para pena de nuestro mal regulado albedrio, impuesta por la divina presciencia, siempre que lo merezca el delito, claro tambien al que nada se esconde aun antes de cometerle, que por haberle visto Dios antes, no obra en nuestra libertad: previene Dios segun lo que sabe, y como nada ignora, lo previno todo por excelencia de su inmensa sabiduría, no para quitarnos un ápice de nuestra voluntad.

Y no hay quien á Judá no se le atreva, porque Asá apenas vive con la afanada inquietud de sus dolores: aunque sea un Principé grande, creo que nada mas puede el hombre de lo que por sí mismo puede: obra distante el poder; pero quando descaece la humanidad, todo declina, porque declina el respeto y la esperanza: todo en su ocaso es menos fuerte. Asi lo experimenta Asá, que in-

incapáz ya del gobierno, no es Rey, porque llamando la dolencia todo el sentido, distrae de quanto no es queja. Por eso dicen Philipo de Comines y Pedro Mathei, que quando enfermó gravemente Luis XI. de Francia, degeneró en tirano, porque temió menos puntual el respeto, y quiso suplirle con el temor.

Mas infelíz de lo que parece Asá, tiene circunstancias de intolerable su mal, porque asegura el texto, que en toda su enfermedad no acudió al que solamente es verdadera medicina (a). A Dios olvida en sus dolencias y congojas, fiando mas de sus Médicos y de las falaces experiencias de la física. Todo su mal entrega á los inútiles remedios, que aplicaba una ciencia ciega. Como delito apunta esto la Escritura, no porque lo sea buscar los medios naturales, sino porque fiaba solo en ellos. Dios dió á la naturaleza virtud contra el mal en sus producciones, pero quando mas, son instrumento, porque la salud y la vida del hombre es de la particular jurisdicción de Dios. El solo sabe (burlando los Ana-

Tom. I. el edmms abmms

tómicos) cómo construyó la materia, y si no ilumina el acierto, no puede la humana comprehension penetrar el oculto origen del mal. El Médico que mas sabe, conjetura, y Dios le guía al error, quando quiere acabar con la vida, que dió limitada su providencia. El Médico yerra, y no desacierta, porque pensó acertar, y quando acierta, en él es acaso, lo que en Dios es providencia. Despreciar el remedio es barbaridad; adorarle, es Gentilismo.

Treinta y nueve años reynaba Asá quando enfermó: tiene experiencia de los auxilios, y no los invoca; por eso le atormenta tanto su mal, porque ni en su resignacion, ni en su plegaria, no solicita el alivio. El que clama á Dios en su dolencia, padece menos, ó porque no le desampara la esperanza, ó porque le muestra el desengaño, que es solo conveniente lo que padece. Dexar toda su rienda al mal, es aventurarse á la desesperacion: entregarle á Dios, es un racional alivio en qualquier caso, porque si no concede

Z illu-

(a) Paral. c. 10. v. 12.

ilumina al conocimiento de lo mejor. Dios atormentando, purifica; ese es beneficio; pero no reconocido como tal, es tormento inútil.

Mas creo que adolece la voluntad de Asá, que su cuerpo. Dos años sufrió involuntario lo que no sabía sufrir. Por eso eran mas intensos y crueles sus dolores, que á los quarenta y uno de su Reynado, hallaron su fin en su muerte: ésta solo fue linea de lo que padecía, por eso la llaman muchos descanso. Habia sido Asá feliz, vivió mucho, porque conoció en Israel ocho Reyes: empezó su Reynado en el tiempo de Jeroboam, y feneció en el de Achab. Siete Reyes enemigos vió muertos, Jeroboam, Nadab, Baasa, Ela, Zambri, Thebni, Amri. Esto no es gloria, pero no dexa de ser felicidad, tanto, que dice el Cornelio, que fue en premio de su constante Religion.

Sobre la eterna salud de Asá, hay alguna disputa. Gran epitecto le da el libro de los Reyes, porque le llama *Pio*: ninguno le da el Paralipomenon; sus virtudes

refiere, y sus vicios. Ciertamente es que murió en la verdadera Religion, y no es fácil de persuadirnos, que desamparase Dios al Principe mas zelante de la ley de Moysés. Purificó en su enfermedad sus defectos y sus vicios. Desconfiar de Dios puede ser humildad, porque no es desconfiar de su omnipotencia, sino de su voluntad. Asi desconfió alguna vez Moysés, así los Apóstoles. En Asá fue culpa, porque confió en los hombres: zelos tiene Dios de las confianzas de Asá, prueba es de su amor; por eso le habrá dado quanto auxilio era menester para justificarse, en premio de su fé y de su religion. Esta es la basa de las virtudes, y el único remedio de los vicios. Ofender á Dios, es detestable; negarle, es peor. El que le cree y le ofende, puede esperar; el que le niega, no tiene á quien acudir para la misericordia.

Murió Asá, dexando distinto sepulcro del de sus mayores prevenido á su cadáver (a). Un nuevo Panteon edificó para sí. Reparó ha costado la novedad: tenían destinada tumba las Reales cen-

(a) Paral. c. 16. v. 4.

nizas en Jerusalén; pero Asá la construyó particular á las suyas: con esa expresion habla la Escritura. Aun el polvo de su progénie junta la vanidad en un sepulcro. Asá separa sus cenizas, que no podian hallar mas sagrado, ni supremo lugar, que donde descansaban las de David. Daré la razon. Habia contaminado ese Santuario el delinquente polvo de Salomón, Roboám y Abias, Idólatras: horror tuvo la religion de Asá de concurrir con ellos: creyó padecerian al estrago del Orbe las inmundas reliquias de los Idólatras el oprobio vil, proporcionado á su delito, ó subvertidas ó animadas con una marca de enemistad á Dios, por eso separa las suyas. Los Rabinos creyeron, que purificó con preciosos aromas su sepulcro antes de morir. El texto claramente asegura, que debió esa pompa á la posthuma piedad de sus parientes. Contribuyó la Arabia sudadas gomas al precioso perfume de su inanimada materia: quemaronse sobre ella transcidentes nardos y bálsamos de Pancaya, con tanto exceso, que quedó proverbio en Judá: Con nimia ambicion, dice el texto, que sepultaron á Asá: con

soberbia magnificencia quiso decir por hypérbole. Tiene la vanidad sus ambiciones, que las llega al exceso el inmoderado deseo de gloria. Quisiera mas de lo que es capaz el individuo; esta es ambicion. Dice el texto que estos aromas eran unguentos de rameras. No se entiende compuesto por ellas, que sería circunstancia vil, sino de los que usan las rameras, que son los mas esquisitos, porque en ellas se propasa la lascivia á todos los sentidos, ó por dar incentivo á la torpeza, ó por confundir con la suavidad del olor sus hedores. Fue una exágeracion del texto, para ponderar lo precioso de los aromas.



JOSAPHAT.

Desde 3045. hasta 3070.

Esto que llama el mundo gloria es todo el cuidado de los hombres: despreciarla por virtud moral, es heróyco por negligente ocio del ánimo, es vil; estimarla mas de lo que